

# Discurso-Contestación

del Académico numerario

Don Clemente Palencia

EXCMO. Y RVDMO. SR. ARZOBISPO PRIMADO,  
AUTORIDADES EXCMAS. E ILMAS.,  
SEÑORES ACADÉMICOS:

Ingresa hoy en esta Corporación un nuevo Académico que, además de venir asistido por una cultura excepcional, trae como nota característica su condición de sacerdote. Es el primero que viene como numerario a ocupar la vacante de otro eclesiástico: D. Rafael Martínez Vega, Maestro competente de Teología que murió víctima de la barbarie roja. Con él fueron asesinados otros Académicos que eran preclaras inteligencias de la Iglesia: D. José Polo Benito, Deán de la Catedral, figura universal del periodismo católico; D. Agustín Rodríguez, de amplísima cultura literaria, conocedor profundo de Sagrada Escritura.

Esta Corporación contaba, además, entre sus Académicos, a un insigne Obispo, que también sucumbió a manos de las hordas feroces, que superaron en su crueldad a los bárbaros que registra la Historia. En épocas de grandes turbulencias detuvieron los Obispos las más rudas invasiones. San Agustín defendió Hipona contra los vándalos; San Lupo, en la Galia, salvó a su ciudad episcopal del furor de los hunos; San Aniano, Obispo de Orleans, detuvo a Atila. No en vano llevaban el título de defensores de las ciudades; sin embargo, el Dr. Esténaga no pudo librar, ni aun su propia persona, ante estas hordas del siglo xx.

Fué D. Narciso Esténaga uno de los fundadores de esta Real Academia. Cuando se le nombró Obispo Prior de las Ordenes Militares, vino desde Ciudad Real, en situación de Académico honorario, a pronunciar una documentada conferencia sobre la condición social de los mudéjares en Toledo durante la Edad Media.

Amaba las glorias toledanas con acendrado cariño. Conoció los secretos del Archivo Catedralicio; los rincones más olvidados del Templo Primado; las figuras e instituciones de nuestra ciudad, desde el Colegio de Santa Catalina, con sus maestros y sus literatos, hasta las personalidades del Cardenal Aragón, del Padre La Palma, Tamayo de Vargas o Francisco de Pisa, como conocía las figuras universales de nuestros grandes clásicos, llegando a saber de memoria capítulos enteros del «Quijote» y de Santa Teresa. Con la desaparición del Obispo Prior perdió nuestra Corporación una figura insustituible.

Otros sacerdotes, como Académicos correspondientes, fueron también martirizados: D. Felipe Rubio Piqueras, D. Francisco Martínez Moreno, que fué por coincidencia el párroco del nuevo Académico en sus últimos días de seminarista y sus primeros de sacerdote.

\* \* \*

Hecho este ligero preámbulo en loor de los que sufrieron el martirio por Dios y por España, he de presentaros ahora a D. Juan Francisco Rivera y darle la bienvenida en nombre de esta Academia. Desde su infancia conozco su carácter estudioso, su afabilidad y su virtud, que demostraré con pruebas evidentes. Es la primera sus estudios de Teología en la Universidad Gregoriana de Roma, desde el año 1929 hasta el año 1934 en que se doctoró en dicha Facultad, y desde 1934 al 36 en que se licenció en Historia Eclesiástica con Medalla de Oro de Su Santidad el Papa, además de obtener el diploma de Biblioteconomía de la Biblioteca Apostólica Vaticana.

Por razones de estudio, al comenzar la Guerra española, en 1936, se encontraba en Alemania, regresando a nuestra Patria para cumplir los deberes de su Ministerio en Toledo. Comenzó su labor docente en el Seminario Conciliar (año de 1938), donde actualmente explica Historia de la Iglesia y Patrología. Fué en el año 1939 Vocal de la Junta Organizadora de la Exposición Internacional de Arte Sacro de Vitoria. Y en 1940 fué nombrado Beneficiado Archivero de la Catedral y Bibliotecario del Seminario.

Su aportación a los estudios teológicos comienza con un documentado trabajo sobre «La Maternidad divina de María», premiado en el certamen público que en honor de Nuestra Señora de Belén,

Patrona de Carrión de los Condes, se celebró, en el año 1932, en Lérida. Trabajo que inicia sus primeros estudios sobre la Historia de aquella magna controversia del adopcionismo que conmovió las postrimerías del siglo VIII, primero en España, esgrimiendo sus apasionadas teorías, por una parte, Elipando, Arzobispo de Toledo, y Félix, Obispo de Urgel, y de la otra, San Beato de Liébano y Eterio, Obispo de Osma. Cuestión que se hace internacional inquietando el Pontificado del Papa Adrián I y obligando a Carlomagno a reunir diversos Sinodos y Concilios en Ratisbona (792), Francfort (794), Roma (799) y Aquisgran (800), acudiendo en defensa de la Ortodoxia católica Alcuino, y ya en el Pontificado de León III, San Paulino, Patriarca de Aquileya, y el español Teodulfo, Obispo de Orleans.

En la revista romana «Ephemerides Liturgicae» (año 1933), publica: «La controversia adopcionista del siglo VIII y la ortodoxia de la Liturgia mozárabe», estudio apologético sobre el ritual mozárabe toledano, ya que Elipando, al intentar defender sus errores ante los Obispos de Aquitania y Austrasia, invoca, como argumento de tradición, a favor de sus doctrinas, estas palabras: «Así dijeron también los Santos y venerables Padres toledanos, que con solicitud ejercieron su ministerio; en las oraciones de sus Misas».

Las consecuencias de esta falsedad de Elipando fueron tan funestas a esta Liturgia venerable, que Gregorio VII escribía, a finales del siglo XI, a Alfonso VI: «Según me han notificado algunos piadosos varones, parece que en ese rito se encuentran fórmulas que abiertamente están contra la fe católica».

El Sr. Rivera hace, en este opúsculo, una brillante defensa de las creencias mozárabes, demostrando con documentos pontificios posteriores la pureza dogmática de la Liturgia visigoda y haciendo un minucioso análisis sobre cada texto en que aparece la palabra «adopción» dentro de los tratados litúrgicos y doctrinales de los padres visigodos, volviendo sobre el mismo tema en su parte histórica sobre Gregorio VII y dicha Liturgia.

Para esclarecer la figura del que sembró estos heréticos errores, publicó en 1940 un nuevo tratado con el título de «Elipando de Toledo», animada biografía del hombre y de la época, tan bien aceptada por la crítica que el mejor arabista contemporáneo —maestro de tantos sabios y escritores— D. Miguel Asín Palacios,

escribía estas palabras al Sr. Rivera: «He leído de un tirón su interesante estudio sobre Elipando y el adopcionismo, cuyos orígenes investiga usted con tanta erudición como prudencia, y le felicito por el tino con que está expuesto el problema. En la revista «Al Andalus» haré que se dé nota de ello, por lo que toca al aspecto islámico del tema. Desgraciadamente no hay datos en los autores árabes que añadan luz mayor a los que usted cita, pues las polémicas antecristianas que existen son posteriores a Abenhazam».

Pasando por alto numerosos artículos en revistas eclesiásticas, como «A propósito de una Carta de Alcuino recientemente encontrada», y su intervención en la Tercera Semana Bíblica con la Conferencia sobre el «Liber Comitis» de la Catedral de Toledo, mas otros trabajos en diarios y publicaciones sueltas, he de destacar su libro, que aún no ha llegado a la publicación definitiva, sobre los sacerdotes asesinados en la diócesis, proyecto que bendijo el Cardenal Gomá y ha estimulado con afectuosas palabras el Dr. Plá y Deniel, nuestro amado Arzobispo, que hoy nos preside. Vibran en esta obra sentimientos de entusiasmo, de emoción y de cristiana tristeza; abundantes anécdotas de los que se enfrentaron con la muerte revestidos con una entereza digna de los primeros mártires cristianos, y, sobre todo, el profundo estudio de las causas motivadoras de la persecución, ya que, como dice San Agustín: «La causa hace al mártir».

La Editorial «Amaltea» encargó, no hace mucho tiempo, al Sr. Rivera, la biografía del Arzobispo toledano San Julián, en la que reconstruye el ambiente de la época con justeza literaria y exactitud histórica admirables, que en breve verá la luz pública (1).

\* \* \*

En cuanto al discurso que terminamos de oír, veo en vuestros rostros y en los aplausos tan justamente tributados el mejor comentario.

---

(1) Cuando se publican estos discursos, ya han aparecido los libros de los que se hace mención, cuyas notas bibliográficas son las siguientes: *San Julián, arzobispo de Toledo. s. VII. Época y personalidad*, Barcelona, 1944, 240 págs. *La persecución religiosa en la diócesis de Toledo*, vol. I (único hasta ahora publicado), Toledo, 1945. XXIII + 404 págs.

Honrando al conquense Baltasar Porreño, recuerda la entrevista con D. Rafael Martínez Vega, y al ocupar su puesto en esta Real Academia, traza su notable biografía; gesto delicado, digno del mayor elogio.

Aunque no es Baltasar Porreño figura literaria de primera fila, tampoco merece permanecer en el olvido; contó por lo menos con la amistad de Lope de Vega, y su producción literaria es abundante. Tuvo protectores decididos, como el Cardenal Sandoval y Rojas y el Obispo Pacheco de Cuenca; no faltaron elogios a sus obras, estampados en el comienzo de sus libros, según la moda de la época; pero huyendo de la ojeriza y del rencor —moneda corriente entre los escritores del Siglo de Oro— quiso que fuesen sus hermanos, sacerdotes como él, los que hiciesen sus redondillas, epigramas y sonetos laudatorios. Basta leer las intencionadas y crueles décimas satíricas de Lope, Góngora y Quevedo contra el dramaturgo Juan Ruiz de Alarcón, censurando su joroba, para ver hasta qué punto llegaba el encono de nuestros literatos. Sus defectos de escritor son propios de la época. «Entre los poetas de nuestra edad —dice Cervantes («Don Quijote», II, 70)— se usa que cada uno escriba como quisiere, y hurte de quien quisiere, venga o no venga a pelo de su intento». Así se explica que Calderón se apropiase como suyas, sin hacer la menor indicación, dos de las más conocidas obras de Lope de Vega, esto por lo que se refiere a autores de novelas y de teatro.

En cuanto a los historiadores de esta época, no se les puede exigir ni crítica ni gusto literario; empeñados en reproducir los modelos clásicos, se complacen en pormenores sin interés que hoy nos abruman, descripciones de sitios y batallas, arengas pomposas, citas de autoridades antiguas pedantescas e inoportunas y documentación pobre, casi siempre de segunda mano; a esta moda de la época no podía escapar Baltasar Porreño. Su mérito principal fué el asunto. Al trazar la Historia de los Arzobispos toledanos hizo un alto servicio literario y patriótico, pues bien merecía un estudio esta elevada jerarquía eclesiástica de Primados, superiores a los de cualquier otra nación, con sus aguerridos campeones de cruzadas, de organizadores y políticos, de agudos ingenios de Príncipes y Mecenas.

Con la acertada elección de su discurso y el feliz desarrollo del mismo, nos ha demostrado claramente D. Juan Fran-

cisco Rivera cuán de felicitar es para esta Corporación su ingreso como Académico numerario.

Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo Primado: Hacia 1558 esta casa amenazaba venirse al suelo. Las reparaciones que en ella hizo Alonso de Covarrubias fueron inútiles. La casa en ruinas fué comprada por los Marqueses de Malagón; la dueña de ella, doña Luisa de la Cerda, pasó por grandes tribulaciones. Vió morir, en lo más florido de su edad, a tres hijos, y necesitaba en pruebas tan difíciles de un espíritu superior que vertiese sobre su alma el bálsamo del consuelo. De Avila vino la santa inquieta y andariega a confortar su espíritu, ya «que la tenían tan lastimadísima los trabajos que Dios daba a esta señora».

En esta misma casa vivió sus primeros días en Toledo Santa Teresa de Jesús, con el anhelo de mitigar el dolor de un alma atribulada; lo demostró en un precioso discurso D. Agustín Rodríguez, con su acostumbrada erudición.

Con la suave evocación de la santa —la gran Doctora de nuestras Letras místicas— quisiera recordaros, excelentísimo señor, vuestros primeros días episcopales de Avila y cómo os deparó la Providencia venir a Toledo en un Pontificado consolador. En cualquier institución toledana oiréis el mismo gemido: «pupili absque patre», como pequeños, sin la ayuda paterna.

Con el acto de hoy termina nuestro curso académico. Fundiendo mis sentimientos con los de mis compañeros, doy las gracias a todos los asistentes a él; a tan selecto auditorio, a nuestras dignas Autoridades y a Vos especialmente, que os habéis dignado venir a cerrar con broche de oro nuestro año académico.